

COMENTARIO A LA CASA DE CARTÓN¹

Lilian Ferreyros Kupperts*

Voy a comentar *La casa de cartón* de Martín Adán, desde dos perspectivas, como lectora y como psicoanalista. Los bordes de esas dos perspectivas se juntan, van construyendo mi percepción y mi opinión, que no terminará en este comentario, sino que seguirá construyéndose con los materiales que ustedes y mis compañeros de mesa (de Zoom) incorporen.

Creí haber leído *La casa de cartón* allá por los 70's, pero solo recuerdo una horrible carátula azul con ondas amarillas (colección Biblioteca Peruana - Peisa), en un estante de mi casa. Cuando la volví a leer ahora, siempre bajo el sello de Peisa, pero en su novena edición del 2015², me di cuenta que, si lo había hecho antes, seguramente había estado muy prosaica, con impaciencia juvenil, o distraída acomodándome de otra manera al mundo universitario que me rodeaba. No recordaba esa fascinación que he sentido ahora. De lo que estoy segura es que no la leí en la etapa escolar, a pesar de haber estado en un colegio alemán, como el autor. La excelente profesora de literatura que tuve —la Paca— se distrajo y no la escogió para introducirnos a la prosa poética o a la poesía en prosa. La lectura de *La casa de cartón* requiere preparación. Me hubiera gustado quedarme perpleja de que alguien, a esa edad (algunos dicen que la comenzó a los 14 y siguió corrigiéndola hasta los 18 años), pudiera ser un adolescente tan leído, erudito y bien hablado.

* Psicóloga por la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP). Psicoanalista miembro titular de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis (SPP). Miembro de la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA). Miembro fundador de la Asociación Peruana de Psicoterapia Psicoanalítica de Niños y Adolescentes (APPPNA). Ex Editora de la *Revista Psicoanálisis* de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis (SPP). Cursa estudios de Maestría en Escritura Creativa (PUCP). <liliferrey@gmail.com>

1. Presentación en el Pre-Congreso del XVII Congreso de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis "Realidades al borde: cambios y permanencias. Panel *La casa de cartón*". Con María Paz de la Puente y Jeremías Gamboa, 26 de noviembre, 2021.

2. Martín, Adán. ([1928] 2015). *La casa de cartón*. Lima: Peisa.

Como he mencionado, creo que para que los jóvenes (y quizás también los adultos) puedan disfrutar y reconocer el valor de esta obra, tienen que estar previamente preparados por un guía; un amante de las letras y de la poesía. Como cuando gozamos plenamente de una pintura si sabemos las circunstancias en que fue pintada, cómo fue hecha, o sabemos más sobre el pintor. Me pregunto si alguien tiene que ayudarte siempre a conectarte mejor con el mundo y conocerlo. Así sucede cuando vamos descubriendo el universo, necesitamos a otro para que lo nombre y nos vaya traduciendo lo que sentimos. Quizás haya alguien acá que lo leyó en la adolescencia temprana, sin guía y preparación, y que en la primera lectura se fascinó; pero creo que la mayoría de simples lectores (más aún si son adolescentes alborotados) necesitarían una iniciación. “Uy!, es una novela muy complicada”, me dijo una colega cuando le conté que me habían pedido comentar *La casa de cartón*. Sí, es compleja... y es hermosa.

Yo no la veo como una novela; para mí es un largo poema en prosa, con treinta y tantos fragmentos, sin un hilvanado lineal. Los fragmentos están como descolocados, pero van ocupando su lugar al ritmo de un lenguaje poético. Son una colección de figuras, bellas estampas, como las que coleccionábamos las niñas en los años 60, que colocábamos una gran figurita por página en cualquier revista o libro que teníamos a la mano para intercambiarlas. Al leer a Martín Adán he vuelto a tener mi colección privada de figuritas y estampas.

La primera estampa. La obtengo desde las líneas iniciales, esas que muchos admiradores se saben de memoria: “Ya ha principiado el invierno en Barranco; raro invierno, lelo y frágil, que parece que va a hendirse en el cielo y dejar asomar una punta de verano” (p. 1).

Otra estampa: (con Ramón, en el tranvía) “Yo voy con él, cerca de él, con oscuro disgusto de que mis pies no lleguen al suelo. Pero, en cambio, en mi mano demasiado larga, caben los lomos de todos mis textos. Y ello es un gusto, casi un consuelo, para mis catorce años pedantes” (p. 27).

Una estampa más: “Los árboles en broma han florecido una estrella” (p. 45).

Puedo hacer crecer mi colección de figuras. Las voy a intercambiar con los otros comentaristas, con María Paz y Jeremías; y se las regalo a la audiencia para que comience su propia colección.

También imagino que leerlo es como entrar a una galería de arte expresionista, a veces abstracto, a veces más figurativo. Las notas al pie de página son mi guía; también el prólogo —que lo escribe Marco Martos, en esta novena edición que tiene la carátula de “La colombina y el pierrot”, pintura del hijo de su amigo, Estuardo Nuñez. Para seguir con esa asociación, por momentos creo estar leyendo/viendo un cuadro cubista de Chagall que contiene imágenes oníricas, blandas y duras (como el cartón), y que se montan entre sí. “Yo y la aldea”, nos regalará Chagall en su pintura. Martín Adán, es “yo y Barranco”. Este ideal medio

arquitectónico, de construcción de una casa, que es además de cartón, me llevan —como lectora— a otras imágenes: “Cartón piedra”, la canción de Serrat. Puedo decir que este relato, como en la letra de la canción, “hizo más tierna mi acera”, y como el personaje de Serrat, “tuve entre mis manos el universo e hicimos del pasado un verso perdido dentro de un poema”.

Siempre vamos a imaginar al autor de la obra que leemos, lo construimos. Leyendo este relato interior, imagino a Ramón Rafael de la Fuente Benavides como un adolescente que está dando los primeros pasos de alguien que se está construyendo (y vaya que parecen pasos de una danza moderna muy ensayada y excepcional, como las coreografías de Pina Bausch). Imagino al autor cuando va narrando en segunda persona, hablándole a Ramón (que me parece su alter ego): “Ahora el sol mastica jalde una cumbre serrana y una huaca, una mambla amarilla como el mismo sol. Y tú no quieres que sea verano, sino invierno en vacaciones, chiquito y débil, sin colegio y sin calor” (p. 18). “Jalde”, “mambla”... busco en las notas al pie de página su significado: amarillo subido es jalde; mambla es un montículo aislado de forma redondeada. Martín Adán nos contagia el placer de las palabras nuevas.

Así como los psicoanalistas nos entrenamos para explorar nuestra contra-transferencia cuando tratamos pacientes, los lectores entramos en contacto con nuestros sentimientos y pensamientos cuando leemos literatura.

Quizás lo que más disfruté de *La casa de cartón* fueron sus metáforas sencillas. Freud nos enseñó a detectar y darle importancia a lo sencillo y a lo que parece insignificante. Como decía Fliess de él: daba vida al lugar común haciendo que no sea común; convertía lo ordinario en algo extraordinario; hacía de lo ridículo algo sublime, de lo minúsculo algo grande. Freud los advertía para captar lo inconsciente. Martín Adán expresa su poético inconsciente. Otra psicoanalista, Mariam Alizade, en su libro “Lo Positivo en Psicoanálisis” (2002)³, rescataba los detalles insignificantes en las sesiones porque conformaban un campo pacífico en medio de la angustia del vivir. Decía que apaciguaban los bullicios de la mente, hablaban de lo relativo de todas las cosas. Son, pues, un elemento importante en el diálogo entre paciente y analista. En la escucha psicoanalítica prestamos mucho oído a lo insignificante. Lo aparentemente insignificante; eso que se escapa a las presiones superyoicas.

Más estampas, esta vez de las metáforas sencillas:

“En esta tarde, el mundo es una papa en un costal” (p. 40).

“Los ficus dormían para despertar temprano” (p. 41).

3. Alizade, M. (2002). *Lo Positivo en Psicoanálisis*. Buenos Aires: Editorial Lumen.

“El mar de pronto susurra en mis orejas como un vaso de soda que pierde su gas” (p. 57).

“El silencio cierra sus paréntesis en cada ventana” (p. 70).

“El cielo convexo, cáscara de limón vuelta al revés” (p. 73).

Puedo pensar el texto como una elaboración de experiencias a través de asociaciones libres (pero con memoria y con deseo). Es un gran trabajo de simbolización. Son “palabras interiores”, como decía Joyce sobre el Ulises. Esta forma de escritura replica no solo el método psicoanalítico, sino la manera como se va conformando el aparato mental. En esta corriente de conciencia/inconsciencia aparecen presencias nucleares o extensas de identidad, posiciones, roles, figuras arcaicas, imágenes borrosas, fragmentos atemporales. Es como ir por el laberinto de la construcción de la mente, donde en cada esquina nos encontramos con una experiencia emocional que pone un sello; pero también con un obstáculo, una pregunta, una adivinanza o un conflicto. A veces lo podemos resolver, otras no, y tenemos que reubicarnos, encontrar una salida, usar la intuición y ponerle un nombre.

Los recuerdos del pasado —en gran medida— conformarían lo que seremos en el futuro, y Rafael de la Fuente, adolescente todavía, visualiza de alguna manera su propio futuro. ¿Una suerte de memoria del futuro? Es como si se hubiera visto a sí mismo con más de 40 años: “Veo a aquel hombre disperso, incompleto, medio locura, medio ambiente, medio verdad, con la barriga al aire y las pantorrillas de horizonte marino, vertical, charadesco, embromado, al filo de un malecón sin baranda” (p. 44).

Al filo, al borde de un malecón sin baranda. Son muchos malecones y muchos bordes: Larco Herrera, donde se refugió y buscó su baranda; también el bar Cordano. Otros bordes más difusos: el borde entre la infancia y la adultez. Vivió los dos gobiernos de Leguía, porque nació en el primero —ese que cumplió con las normas democráticas y se retiró después de 4 años— pero escribió *La casa de cartón* durante el segundo gobierno, cuando Leguía se instaló autoritariamente 11 años (1919-1930). Podemos discutir sobre si hay en el texto una posible protesta social, si es más bien un conservador en el que comienza a bullir la burla hacia su medio aristocrático y hacia lo aburguesado. Sabemos, por la vida que tuvo, que al final opta por la marginalidad. Por vivir en los bordes. Esa fue, finalmente, su forma de oponerse y protestar.